

La hora del lobo

El día que me confundieron con Marlon Brando

Federico Campbell

*A Rubén Vizcaíno Valencia,
in memoriam*

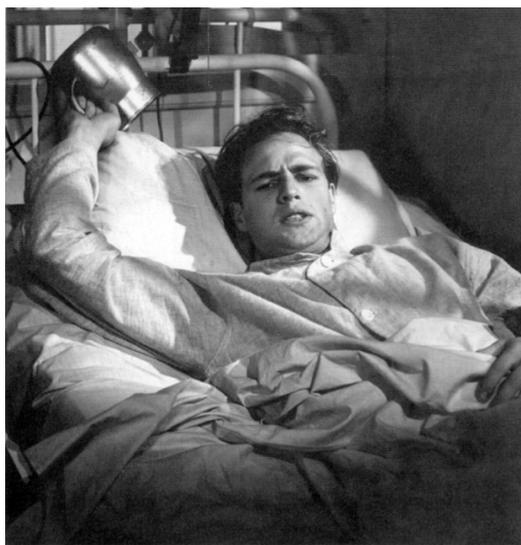
El problema de la identidad personal va y vuelve como tema literario y no es otro, por cierto, el asunto de la más reciente novela de Hugo Hiriart, *El actor se prepara*. ¿Quién soy yo para los demás? ¿Cómo me ven los otros? Prácticamente todo el teatro y toda la narrativa del siciliano Luigi Pirandello gira en torno a esta crucial cuestión. Por eso, piensa Pirandello, la verdad no puede conocerse: porque no es posible saber lo que piensa el otro. Nunca podremos penetrar en el ámbito de la mente ajena.

No es posible que haya en esta vida un personaje como el actor, el hombre de teatro, el comediante, la actriz, que mejor encarne el dilema de la identidad personal. Sobre todo cuando la distinción entre la ilusión y la vida es muy tenue. Sobre todo cuando no es fácil trazar la raya fronteriza entre la realidad y la ficción. Ya sabemos, y lo sabían mejor los clásicos como Shakespeare y Calderón de la Barca, no sólo que en el fondo la vida es sueño y que el mundo es un escenario en el que cada uno de nosotros escoge y representa un papel. ¿Pero qué pasa cuando ya representamos todos los papeles, nuestra vida se ha alargado, y quedamos desnudos en cuerpo y alma frente a las estrellas y el cosmos, como el personaje de Hugo Hiriart?

Por eso tenemos a lo largo de la vida una relación peculiar con los actores. Nos sentimos sus amigos. Los queremos. Son los representantes simbólicos de nuestra identidad personal. Envejecemos con ellos. Fuimos jóvenes y empezamos a dejar de serlo con ellos, en su compañía, como si hubieran sido nuestros íntimos. Los conocemos y tendemos a olvidar que ellos no nos

conocen. Y uno los escoge, más con el corazón que con la razón. Uno se proyecta en ellos con toda su biografía personal, sus fantasías, sus imaginaciones acerca de cómo a uno le gustaría ser visto por los demás. Y va viendo en ellos, con el paso del tiempo, el deterioro de su propia vida... la vida que no volverá.

Más que al Brando de *Nido de ratas*, el boxeador excluido y de veinte años y con las cejas cortadas, uno se asemeja más al gordo panzón y calvo de setenta y tantos años que, en una madrugada de Beverly Hills, recoge las hamburguesas de MacDonalds que le arrojan tras la verja porque no puede dejar de comer, comer, comer. Otros, Alain Delon (que ahora anda haciendo



Marlon Brando en *The men*

el papel del viejo comisario Maigret, la entrañable criatura de Simenon), Jack Nicholson, Al Pacino, Robert de Niro, Harvey Keitel, Willem Dafoe, Gian Maria Volonte han sido nuestros contemporáneos y podemos decir que los conocemos íntimamente. Y que nos han acompañado. Por eso en el caso de Marlon Brando su salida del escenario nos ha hecho sentir una enorme oquedad.

Era un animal histriónico, en el sentido en que se dice “animal político”. Llevaba el teatro en la sangre. Era un actor nato. El mejor de nuestro tiempo. Todo su modo de ser está en un reportaje de 1956, en el “retrato” que de él bosquejó Truman Capote cuando Brando filmaba *Sayonara* en Tokio. Ya era un comelón y un cogelón. Ya tenía remordimientos sociales, enojo por la injusticia, repugnancia por los simuladores. Brando recuerda la famosa escena de *Nido de ratas*, la que tiene Terry (MB) con su hermano Charlie (Rod Steiger) en el carro. “Me fallaste Charlie. No me defendiste, y eras mi hermano mayor. Pude haber sido un contendiente. Y mira el vago que soy”.

Recuerda también allí, frente a Capote, las figuras de sus padres en Nueva York, festejando con él el estreno exitosísimo de *Un tranvía llamado deseo*. Una pareja de guapos, aparentemente muy estables, nada que ver con el padre iracundo y violento ni con la madre alcohólica que en una improvisación, en un solilo-

quio histórico y personal, refiriéndose a su propia vida (no a la del personaje) Marlon Brando actúa en *Último tango en París*, en 1972, la película en la que Bernardo Bertolucci lo soltó a la habitación desnuda de su encuentro nupcial y de su monólogo interior.

Pero detestaba el teatro. No tenía el menor respeto por la profesión del actor. Por eso dilapidó muchos años de su vida sin actuar verdaderamente. Y es que en el fondo al que no quería era a sí mismo. Nunca dejó de ser el niño abandonado en Omaha, el rostro del pavor infantil en las madrugadas de alcohol y terror, el muchacho al que nunca se le autorizó el triunfo, la felicidad y la paz.

Por eso me acordé ahora de un amigo mío que nunca, porque también se nos adelantó, alcanzó a escribir su novela *El día en que me confundieron con Marlon Brando*.

Y era verdad. Jaime tenía 28 años. No era de noche ni de día en Park Avenue. Llevaba abrigo de lana y la noche neoyorkina amenazaba con ser muy fría. El chofer del taxi, un muchacho negro, miraba a cada rato por el espejo retrovisor. O de plano giraba la vista por encima del hombro hacia atrás. Varias cuerdas más arriba, cerca de Gran Central Station, mi amigo le dio al taxista un billete de diez dólares y esperó el cambio con un pie afuera del carro. El chofer le regresó dos dólares y le dijo:

—Excuse me. You're not Marlon Brando, are you?

—No —dijo Jaime—. I am not. **||**



Eva-Marie Saint y Marlon Brandon en *On the Waterfront*